

**AGUSTÍN ESCOLANO BENITO**

Discurso leído en la investidura como

**DOCTOR HONORIS CAUSA  
POR LA UNIVERSIDAD DE LISBOA**

Lisboa, 23 de abril de 2015

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector.

Excelentísimo Señor Embajador de España en Portugal.

Miembros del Senado universitario, , profesores, estudiantes, queridos colegas y amigos de Portugal, familiares, amigas y amigos de España que habéis querido acompañarme en este acto de investidura como doctor *honoris causa* por la Universidad de Lisboa, un hecho de los más importantes que me han acaecido en mi vida personal y académica.

Más allá de lo personal, quiero interpretar que la distinción que hoy se me otorga *ad hominem* ha de entenderse sobre todo en clave de comunidad. Hace ya varias décadas que los investigadores portugueses y españoles del campo de la historia de la educación convivimos abiertos a una comunicación fluida entre pares, tras otros tiempos en los que, pese a la proximidad geográfica, el distanciamiento era sin duda mayor. Y es desde el espíritu de convivencia desde donde quiero interpretar este generoso gesto de amistad.

Desearía, en primer lugar, expresar mi más sincera gratitud por el alto honor que me confiere el prestigioso ateneo de la capital portuguesa. Me llena de satisfacción que el Senado de la Universidad de Lisboa haya considerado mi trabajo intelectual merecedor de tan alta condecoración. Lisboa es en nuestro sector uno de los polos de referencia internacional y ello atribuye un valor añadido a este hecho. Todo ello me invita además a afirmar el

compromiso de seguir reforzando los lazos de amistad y cooperación con esta casa, y de modo especial con su Instituto de Educación.

Agradezco vivamente al profesor Justino Magalhães la amable *laudatio* con que acaba de presentarme. Con él me unen viejos lazos de amistad e intereses comunes en torno al estudio histórico de la cultura escolar, de la manualística, de la historia de la lectura y de otros aspectos que afectan al patrimonio de la educación.

Me permitirán ahora que continúe mi intervención sirviéndome de mi propia lengua, el castellano, invitándoles, como hizo el recordado cineasta Manoel de Oliveira, a que podamos entendernos –hoy Día Internacional del Libro, y siempre– en la lengua de Luis de Camões y en la lengua de Miguel de Cervantes.

Puedo asegurarles, sin retórica, que esta incorporación al colegio de doctores de la Universidad de Lisboa será para mí una nueva ocasión de aprendizaje. No sólo porque con la edad aún se sigue aprendiendo cada día, como observó Marco Tulio Cicerón, sino porque Lisboa, y Portugal en general, me han asegurado siempre oportunidades nuevas de formación.

Hace poco escuchaba decir al académico español Antonio Muñoz Molina (el autor de *Invierno en Lisboa*) que los viajes a Portugal siempre le habían educado. Me han mostrado –decía– la otra cara que suelen tener las cosas, cuando en la fenomenología del cotidiano y en el entorno más próximo sólo se ven planas y simples.

Internarse en Portugal es abrir una nueva ventana a la experiencia, a través de la cual las cosas que vemos y oímos se nos presentan con otros horizontes que sugieren un sutil juego de entendimiento en lo común y de enriquecimiento en la diferencia. Pasear y conversar, como he podido hacer en los últimos años, en compañía de colegas y alumnos, por los jardines de la Gulbenkian, entre los Jerónimos y Belém, a través de los cafés de Chiado y de las librerías de la Lisboa antigua, o acercarme a los alrededores de la ciudad

por Sintra, Mafra, Cascais y toda la corona de lugares que enmarcan la capital, con la luz y la mirada atlántica al fondo, es una experiencia que siempre me ha suscitado emoción y conocimiento.

Todo ello me trae inevitablemente a la memoria al Miguel de Unamuno de los *Viajes por tierras de Portugal y España*. El viejo rector de Salamanca admiraba, hace un siglo, la fresca lírica del regeneracionista João de Deus –con cuya *Cartilha Maternal* aprendieron a leer tantas generaciones de infantes– y los registros populares de la literatura vernácula del país.

También me hace recordar a Rafael María de Labra, rector de la Institución Libre de Enseñanza, quien, en sus conferencias de Lisboa a finales del siglo XIX, subrayaba el alto valor acrisolado por la civilización portuguesa, resultado del cruce entre las tradiciones propias y las seculares influencias recibidas a través de los contactos de sus gentes por el mundo.

De este *humus*, en parte paralelo, y en parte común a toda Iberia, no nos separaban los pliegues del terreno, porque el *cursus* de los ríos ha sugerido una fluida y continua invitación a la concordia. El cronista Félix Lorenzo, corresponsal en Lisboa del diario *El Imparcial*, confesaba el estímulo que para él supuso la explosión romántica e intelectual de la República portuguesa de 1910, que le permitía albergar esperanzas para aquella España que acababa de sacrificar los escasos brotes de libertad con el fusilamiento en la Barcelona de la época del educador Francisco Ferrer i Guardia.

Años después, en 1925, a su paso por la vecina Extremadura, otro periodista, Luis Bello –autor de *Viaje por las escuelas de España*–, dejó reflejadas en su bitácora incursiones en tierras portuguesas, por Portalegre, São Lourenço, Crato, Alpalhao y otros lugares transfronterizos, cuando la República democrática iba a cerrar su andadura. El tono de sus observaciones tenía notas afines a los regeneracionismos de la época, pero también registraba la visión caleidoscópica, cubista, con la que el cronista del diario *El Sol* sugería mirar la rica diversidad de las sociedades y culturas ibéricas.

En el artículo intitulado “A los camaradas portugueses”, Luis Bello recordaba con admiración los programas de reforma de Antonio Sérgio y los asociaba a los intentos españoles auspiciados por la Institución Libre de Enseñanza y sus intelectuales. Antonio Sérgio —figura a la que nuestro querido y recordado amigo, y maestro, el profesor Rogério Fernandes dedicó cuidadosos y sentidos estudios— quiso ensayar la superación del dualismo social por medio de la escuela del trabajo. Él fue el intelectual quizá más capacitado de la época —escribía Bello— para afrontar la regeneración de la nación por medio de una escuela para todos.

Nuestros pueblos, distantes a veces aún en la cercanía, han conocido y vivido realidades parejas. El poeta catalán Joan Maragall proponía a Miguel de Unamuno construir una cívica y culta hermandad de pueblos ibéricos, más allá de sus regímenes políticos. Una hermandad que pudiera sentar en la misma mesa a Jacinto Verdaguer, Rosalía de Castro, João de Deus e incluso al modernista Rubén Darío. Con ellos se tejería una gran coral de voces diferentes que pudiera propiciar una armonía superior, como sugirió el que fuera primer catedrático español de Historia de la Educación, Luis de Zulueta y Escolano, en su *Elogio de la diversidad y Banquete de la armonía*.

Tras la era de la regeneración, que se cierra con las repúblicas democráticas, nuestros países han atravesado una larga etapa de postración, un prolongado “tiempo de silencio” (como lo definió el escritor español Luis Martín Santos). También un tiempo de resistencia. Durante las inacabables dictaduras, cohabitamos en un territorio por el que cruzaban los mismos ríos, pero las montañas —como observó José Saramago— volvían a mostrar sus dos laderas, una hacia el Este y otra hacia el Oeste.

La revolución y la transición democrática —en parte sincrónicas, aunque también diferentes—, por un lado, y la integración de ambos países en el espacio común de Europa, por otro, nos han aproximado en una decidida apertura a la Modernidad (este fue el tema del II Encuentro Ibérico de

Historia de la Educación, un coloquio que trató de hacer genealogía crítica, y en parte catártica, de nuestra reciente historia, desde el ciclo del liberalismo a la antesala del tiempo presente). Tras el primer encuentro en San Pedro do Sul, en 1992, las sucesivas citas de Zamora, Braga, Allariz-Ourense, Castelo Branco, Sevilla y Porto-Paredes fundaron la posibilidad de una historia compartida de la educación ibérica, y hasta de una historia ibérica de la educación, como manifestaban los profesores Nóvoa y Ruiz Berrio en el prólogo a las actas del primer coloquio.

Para eludir cualquier anacrónica tentación de interpretar lo anterior desde el viejo iberismo, que hoy se nos mostraría arcaizante, las actas del II Encuentro enfatizaron la necesidad de enmarcar nuestros programas en la más abierta geografía de la globalización, bajo la perspectiva de una historia comparada de nuestros sistemas educativos, contextualizada en el marco de lo transnacional, y relacionada especialmente con la historia educativa de los países de lengua portuguesa y castellana.

Los encuentros ibéricos han dibujado una cartografía de lugares de uno y otro lado de la raya y de norte a sur, imagen de las expectativas interculturales y transfronterizas que podían aproximar a nuestras respectivas comunidades intelectuales. Las fronteras dejaron de ser líneas fijas de demarcación para transformarse, como sugirió hace tiempo Josep Pla, en ventanas de una aproximación porosa y necesaria.

El nuevo horizonte, desde la recuperación crítica de la memoria, ha tenido que superar viejos arcaísmos y emprender el camino de una nueva cultura. La generación de historiadores de la educación a la que pertenezco ha ido conformando en esta nueva etapa redes interpersonales e institucionales entre los investigadores de los dos países, al tiempo que ha dado forma, junto a los colegas de otros medios internacionales –en la ISCHE (*Internacional Standing Conference for the History of Education*), en SPICAE (Red de Historiadores de la Escuela en la Europa del Sur) y en otros foros de Europa

e Iberoamérica-, a discursos, métodos y lenguajes con los que entretejer un campo intelectual renovado.

Este es el breve excursus histórico en el que hemos de instalarnos como tradición disponible para seguir avanzando a la altura de nuestro tiempo, una expresión esta –la “altura de los tiempos” – que lanzó a la arena intelectual el filósofo José Ortega y Gasset, quien también escogió la ciudad de Lisboa como residencia desde la que ir asomándose, con prudencia y calculado tacto, a la autárquica y autoritaria España de posguerra. Quiero quedarme cerca de la frontera porque pienso volver –decía al salir de Lisboa–. Quienes vivimos en España, hace pocas décadas, la transición democrática –en otro contexto– también mirábamos, con admiración y esperanza, la estela que dejó en nosotros el aroma de los claveles atlánticos.

Me viene ahora a la memoria el emotivo acto conmemorativo del centenario de la era moderna de la Universidad de Lisboa, al que fui invitado por el entonces Rector, profesor Antonio Sampaio da Nova. Conservo el discurso del expresidente Antonio Ramalho Eanes, investido en aquella ocasión doctor *honoris causa*, junto a los otros expresidentes de la República. En el texto subrayé la referencia que hizo a la expresión de Bernardino Machado, amigo de Alice Pestana y de Giner de los Ríos, quien afirmaba el papel de la universidad como universo de libertad, esto es, como espacio de libre discusión de lo público. “*A universidade –decía– deve ser escola de tudo, mas sobretudo de liberdade*”. El saber es tal vez el único espacio de libertad del ser, escribiría mucho después Michel Foucault en una de sus últimas confesiones ontológicas. También en la ilusión de libertad la libertad existe, había declarado antes Fernando Pessoa, como lema en el que poder fundar una terapia de sus desasosiegos.

Nuestra época, con sus crisis, ha traído muchas y nuevas inquietudes y turbaciones. Los historiadores de cada generación han de interrogar al pasado desde las preguntas que suscita el presente para afrontar el porvenir. “No está

el mañana ni el ayer escrito”, escribió Antonio Machado, el poeta sevillano y universal que tanto contribuyó a recrear la tierra en la que nació y donde inició mi formación. Décadas después, el argentino Cortázar, en sus rayuelas lúdicas, vendría a puntualizar: la historia no ha de olvidar, en ningún caso, que “el ayer es nunca, y el mañana, mañana”. El viejo historiador Henri Pirenne, en su *Histoire de l'Europe*, ya lo había advertido: los historiadores nos dedicamos al conocimiento del pasado, sí, pero —no nos engañemos— lo que de verdad nos interesa es el futuro.

Nacemos —escribió el poeta Rainer Maria Rilke— en un mundo ya interpretado, pero estamos obligados a descifrarlo y a reescribirlo. Los historiadores somos probablemente los académicos sobre los que más pesa lo que algunos han llamado la “condena hermenéutica”. El Centro Internacional de la Cultura Escolar (CEINCE), donde ocupó la mayor parte de mis afanes y tiempos, adoptó como símbolo el laberinto de la casa de Lucrecio —el filósofo materialista del siglo I a. C— en Pompeya. En el intricado dédalo de esta red se albergaría Minotauro, fuente de las amenazas que nos acechan en el vivir cotidiano. El monstruo acosaría por los vericuetos de sus calles al joven Teseo, mientras este buscaría el hilo tutorial de Ariadna, la educadora que le salvará del desasosiego. Los profesores, después de tantas reformas educativas externalistas insatisfactorias —gerenciales o tecnocráticas—, han retornado, como advirtió el profesor Novoa en su magistral conferencia de Burgo de Osma, en 2011, al primer plano de las prácticas innovadoras, al igual que Ariadna vuelve cuando se la solicita. Los mitos son en verdad creaciones de un tiempo, pero duran y sufren sucesivas metamorfosis para readaptarse a las expectativas de cada época, también de la actual.

En pleno desarrollo de la civilización tecnológica que domina nuestro tiempo conviene escuchar las confesiones de uno de sus más reconocidos mentores. Steve Jobs, el mítico referente de la era digital, expresó antes de su desaparición una de las convicciones que inspiraron su sorprendente y

confeso *ethos* de humanista: “Cambiaría toda mi tecnología –decía– por una tarde entera con Sócrates”<sup>1</sup>. Este testimonio comportaba una profunda lección de sabiduría, la que reivindicaba el valor del silencio y de la palabra – los verdaderos poderes socráticos del maestro– que han de intervenir en la búsqueda de sentido de la nueva escritura del mundo. Nuestro tiempo tiene también que prestar atención al silencio de las cosas, cómplice de otros silencios de la cultura. Y otra vez Fernando Pessoa –no podía ser de otro modo estando en Lisboa– nos puede confortar: no hallo más reposo –decía– que en la lectura de los clásicos, que no distinguen los ocasos, pero los hacen inteligibles.

Los historiadores de la educación buceamos hoy en los silencios, en las palabras, y en las cosas, sospechosos de que los discursos de las ideas y de las normas no explican bien la gramática de la tradición ni el *habitus* de los enseñantes. Indagamos en esa cultura de la práctica de la que habló Zigmunt Bauman, en las saludables razones de la experiencia a las que Pierre Bourdieu aconsejaba retornar siempre, y sobre todo en tiempos de incertidumbre.

Estamos empezando a construir una nueva cultura histórica, que trata de ser menos idealista y, en lo posible, menos ideológica. Intentamos descubrir bajo el retorno realista a la experiencia, e incluso a los restos etnográficos de la cultura material, las claves semióticas y arqueológicas de la gramática de la escolarización y de las reglas del oficio docente, que mucho tienen que ver con el tacto y la *phrónesis* que ha transmitido la historia efectual de la que habló Hans-Georg Gadamer.

Este regreso al mundo de la *empeiria* comporta seguramente un cambio de paradigma, como me hacía observar, en una de sus últimas cartas, quien fuera mi primera maestra en la disciplina, en la Universidad Complutense, la profesora Ángeles Galino, a quien dedico en este acto mi filial recuerdo. Ella que se había formado, hace un siglo, en la lectura de Dilthey y de los

---

neokantianos veía, a su centenaria edad, que este giro pragmático y epistémico fundaba un nuevo horizonte prometedor para afirmar el valor de la historia de la educación en el concierto académico y en las disputas entre facultades y disciplinas.

Señor Rector, queridos colegas, amigas y amigos de Portugal y de España. En mis palabras finales quiero reiterar mi más sentido agradecimiento por el honor que recibo en este acto al ser investido doctor *honoris causa* por la prestigiosa Universidad de Lisboa, y por sumarme al acreditado cuadro de profesores de este *Studium*. Espero que el tiempo –que siempre es un misterio inescrutable e imprevisible y una concesión de la naturaleza, como declaraba a su proveya edad Manoel de Oliveira, en la antesala de su muerte– nos depara oportunidades de profundizar en el saber y en la amistad, los valores que a todos nos unen, ahora reforzados con lazos de más sólida y sincera hermandad.

Muchas gracias.

**AGUSTÍN ESCOLANO BENITO**

Discurso proferido no ato de investidura como

**DOUTOR HONORIS CAUSA  
PELA UNIVERSIDADE DE LISBOA**

Lisboa, 23 de Abril de 2015

Excelentíssimo e Magnífico Senhor Reitor.

Excecentíssimo Senhor Embaixador de Espanha em Portugal.

Membros do Senado universitário, professores, estudantes, caros colegas e amigos de Portugal, familiares, amigas e amigos de Espanha que me quiseram acompanhar neste ato de investidura como doutor *honoris causa* pela Universidade de Lisboa, um dos fatos mais importantes que, sem dúvida, aconteceram na minha vida pessoal e académica.

Mais do que a distinção pessoal, quero interpretar que o título que hoje me é concedido *ad hominem* deve ser entendido sobretudo em sentido colectivo. Há várias décadas que os investigadores portugueses e espanhóis do campo da história da educação convivem abertos a uma comunicação fluída entre pares, depois dos tempos em que, apesar da proximidade geográfica, o distanciamento era sem dúvida maior. E é a partir deste novo espírito de convívio que quero interpretar este generoso gesto de amizade.

Desejaria, em primeiro lugar, expressar a minha mais sincera gratidão pela grande honra que me concede a prestigiosa academia da capital portuguesa. Preenche-me de satisfação que o Senado da Universidade de Lisboa tenha considerado o meu trabalho intelectual merecedor de tão alta condecoração. Lisboa é um dos pólos de referência internacional no nosso campo, condição que outorga um valor adicional a esta distinção. Tudo isto

convida-me a afirmar o compromisso de continuar a reforçar os laços de amizade e cooperação com esta Universidade e, de modo especial, com o seu Instituto de Educação.

Agradeço vivamente ao professor Justino Magalhães a amável *laudatio* com que acaba de me apresentar. A ele me unem velhos laços de amizade e interesses comuns em torno do estudo histórico da cultura escolar, dos manuais escolares, da história da leitura e de outros aspectos respeitantes ao património da educação.

Permitam-me agora que continue esta intervenção na minha própria língua, o castelhano, convidando-vos, como fez o recordado cineasta Manoel de Oliveira, para a possibilidade de nos podermos entender –hoje, Dia Internacional do Livro, e sempre– na língua de Luís de Camões e na língua de Miguel de Cervantes.

Posso assegurar-vos, sem retórica, que esta incorporação no colégio de doutores da Universidade de Lisboa constituirá para mim uma nova ocasião de aprendizagem. Não só porque com a idade ainda se continua, diariamente, a aprender, como observou Marco Túlio Cícero, mas também porque Lisboa, e Portugal em geral, garantiram-me sempre novas oportunidades de formação.

Recentemente ouvi o académico espanhol Antonio Muñoz Molina (o autor de *O Inverno em Lisboa*) dizer que as viagens a Portugal sempre o tinham educado. Mostraram-me –dizia– a outra face que podem ter as coisas, quando na fenomenologia do quotidiano e no entorno mais próximo não as vemos senão planas e simples.

Entrar em Portugal é abrir uma nova janela à experiência, através da qual as coisas que vemos e ouvimos surgem-nos com outros horizontes, inspirando um subtil jogo de entendimento no que é comum e de enriquecimento na diferença. Passear e conversar, como pude fazer nos últimos anos, na companhia de colegas e alunos, pelos jardins da Gulbenkian, entre os Jerónimos e Belém, pelos cafés do Chiado e das livrarias de Lisboa

antiga, ou aproximar-me dos arredores da cidade por Sintra, Mafra, Cascais e outros lugares que desenham a moldura topográfica da capital, com a luz e a perspectiva atlântica no plano de fundo, é uma experiência que sempre me suscitou emoção e conhecimento.

Inevitavelmente, tudo isto me traz à memória as viagens *Por Terras de Portugal e de Espanha*, de Miguel de Unamuno. O antigo reitor de Salamanca admirava, há um século, a fresca lírica do “regeneracionista” João de Deus – em cuja *Cartilha Maternal* aprenderam a ler tantas gerações de crianças– e os registos populares da cultura vernácula do país.

Também me faz recordar Rafael María de Labra, reitor da Institución Libre de Enseñanza, que nas suas conferências de Lisboa, realizadas no fim do século XIX, sublinhava o alto valor acrisolado pela civilização portuguesa, resultado do cruzamento entre as suas próprias tradições e as seculares influências recebidas através dos contactos das suas gentes pelo mundo.

Deste *humus*, em parte paralelo e em parte comum a toda a Ibéria, não nos separavam as dobras do terreno, porque o curso dos rios sugeriu um fluído e contínuo convite à concórdia. O cronista Félix Lourenço, correspondente em Lisboa do diário *O Imparcial*, confessou o estímulo que representou para ele a explosão romântica e intelectual da República portuguesa de 1910, que lhe permitiu alimentar esperanças para aquela Espanha que acabava de sacrificar os escassos surtos de liberdade com o fuzilamento, em Barcelona, do educador Francisco Ferrer i Guardia.

Anos depois, na sua passagem pela vizinha Estremadura, outro publicista, Luis Bello –autor de *Viaje por las Escuelas de España*–, deixou refletidas, no seu diário, as incursões em terras portuguesas, como as que fez por Portalegre, São Lourenço, Crato, Alpalhão e outros lugares transfronteiriços. Decorria o ano de 1925 e a experiência demoliberal da Primeira República portuguesa estava prestes a terminar. O tom das suas observações tinha notas afins às dos *regeneracionismos* da época, mas também

registava a visão caleidoscópica, cubista, com que o cronista do diário *El Sol* sugeria observar a rica diversidade das sociedades e culturas ibéricas.

No artigo intitulado «A los camaradas portugueses», Luis Bello recordava com admiração os programas reformistas de António Sérgio e associava-os às tentativas espanholas, igualmente reformistas, promovidas pela Institución Libre de Enseñanza e pelos seus intelectuais. António Sérgio – figura a que o nosso caro e recordado amigo, e mestre, o professor Rogério Fernandes dedicou cuidadosos e sentidos estudos– quis ensaiar a superação do dualismo social com a escola do trabalho. Ele foi, quiçá, o intelectual mais qualificado do seu tempo –escrevia Bello– para enfrentar a regeneração da Nação através de uma escola para todos.

Os nossos povos, por vezes distantes apesar da proximidade geográfica, conheceram e viveram realidades similares. O poeta catalão Joan Maragall propunha a Miguel de Unamuno construir uma cívica e culta irmandade de povos ibéricos, independentemente dos seus regimes políticos. Uma irmandade onde fosse possível sentar à mesma mesa Jacinto Verdaguer, Rosalía de Castro, João de Deus e, inclusivamente, o modernista Rubén Darío. Com eles se teceria um grande coro de vozes diferentes que pudesse propiciar uma harmonia superior, como sugeriu aquele que foi o primeiro catedrático espanhol de História da Educação, Luis de Zulueta y Escolano, no seu *Elogio de la Diversidad y Banquete de la Armonía*.

Depois do epílogo das repúblicas democráticas, os nossos países atravessaram um largo período de prostração, um prolongado «tiempo de silencio» (como o definiu o escritor espanhol Luis Martín Santos). Também um tempo de resistência. Durante as infindáveis ditaduras, coabitámos num território cruzado pelos mesmos rios, mas as montanhas –como observou José Saramago– revelaram de novo as suas encostas, uma para Este e outra para Oeste.

A revolução e a transição democrática –em parte sincrónicas, ainda que também diferentes–, por um lado, e a integração de ambos os países no espaço comum europeu, por outro, aproximaram-nos numa decidida abertura à Modernidade (este foi o tema do II Encontro Ibérico de História da Educação, um colóquio onde se procurou fazer a genealogia crítica, e em parte catártica, da nossa história recente, desde o ciclo do Liberalismo à antecâmara do tempo presente). Depois da primeira reunião em São Pedro do Sul, em 1992, os sucessivos encontros de Zamora, Braga, Allariz-Ourense, Castelo Branco, Sevilla y Porto-Paredes criaram a possibilidade de uma história compartilhada da educação ibérica, e até de uma história ibérica da educação, como os professores Nóvoa e Ruiz Berrio manifestaram no prólogo às actas do primeiro colóquio.

Para evitar qualquer tentação anacrónica de assimilar as nossas intenções às ideias do antigo iberismo, que atualmente se mostraria arcaizante, as actas do II Encontro enfatizaram a necessidade de enquadrar os programas na mais aberta geografia da globalização, segundo a perspetiva de uma história dos nossos sistemas educativos, contextualizada num âmbito transnacional e relacionada especialmente com a história educativa dos países de língua portuguesa e castelhana.

Os encontros ibéricos desenharam uma cartografia de lugares, de um e de outro lado da raia e de norte a sul, imagem das expetativas interculturais e transfronteiriças que podiam aproximar as nossas respetivas comunidades intelectuais. As fronteiras deixaram de ser linhas fixas de demarcação para se transformarem, como há muito tempo sugeriu Josep Pla, em janelas para uma aproximação porosa e necessária.

O novo horizonte, criado com a recuperação crítica da memória, teve que superar velhos arcaísmos e empreender o caminho de uma nova cultura. A geração de historiadores da educação a que pertenço foi configurando, nesta nova etapa, redes interpessoais e institucionais entre os investigadores

dos dois países e, ao mesmo tempo, em colaboração com colegas de outros meios internacionais –na ISCHE (*Internacional Standing Conference for the History of Education*), na SPICAE (*Red de Historiadores de la Escuela en la Europa del Sur*) e em outros fóruns da Europa e da Ibero-América–, dava forma a discursos, métodos e linguagens para tecer um campo intelectual renovado.

Este é o breve percurso histórico em que nos devemos estabelecer, segundo a tradição disponível, para continuar a progredir à altura do nosso tempo, expressão esta –à «altura de los tiempos»– lançada na arena intelectual por José Ortega y Gasset, filósofo que também escolheu a cidade de Lisboa como residência para ir acedendo, com prudência e calculado tato, à isolada e autoritária Espanha do pós-guerra. Quero ficar perto da fronteira porque penso voltar –dizia ao sair de Lisboa–. Nós, que vivemos em Espanha, há poucas décadas, a transição democrática –em outro contexto– também olhávamos, com admiração e esperança, o rasto deixado pelo aroma dos cravos atlânticos.

Vem-me agora à memória o emotivo ato comemorativo do centenário da era moderna da Universidade de Lisboa, para o qual fui convidado pelo então Reitor, professor António Sampaio da Nóvoa. Conservo o discurso do ex-presidente da República, António Ramalho Eanes, investido naquela ocasião como doutor *honoris causa*, junto com os outros ex-presidentes da Terceira República portuguesa. Saliento a referência que fez, naquele discurso, a uma expressão de Bernardino Machado, amigo de Alice Pestana e de Giner de los Ríos, onde afirmava o papel da universidade como universo de liberdade, isto é, como espaço de livre discussão do público. “*A universidad – dizia– deve ser escola de tudo, mas sobretudo de liberdade*”. O saber é, provavelmente, o único espaço de liberdade do ser, escreveria muitos anos depois Michel Foucault, numa das suas últimas confissões ontológicas. Também na ilusão da liberdade, a liberdade existe, havia declarado antes Fernando Pessoa, como lema para fundar uma terapia dos seus desassossegos.

A nossa época, com as suas crises, trouxe muitas e novas inquietações e perturbações. Os historiadores de cada geração devem interrogar o passado a partir das perguntas que o presente suscita para enfrentar o futuro. «No está el mañana ni el ayer escrito», escreveu Antonio Machado, o poeta sevilhano e universal que tanto contribuiu para recriar a terra onde nasci e onde iniciei a minha formação. Décadas depois, o argentino Cortázar, nas suas *rayuelas* lúdicas, viria a precisar: a história não há-de esquecer, em nenhum caso, que «el ayer es nunca, y el mañana, mañana». O historiador Henri Pirenne, na sua *Histoire de l'Europe*, já havia advertido: nós, os historiadores, dedicamo-nos ao conhecimento do passado, mas – não nos enganemos – o que realmente nos interessa é o futuro.

Nascemos –escreveu o poeta Rainer Maria Rilke– num mundo já interpretado, mas estamos obrigados a decifrá-lo e a reescrevê-lo. Os historiadores são, provavelmente, os académicos sobre os quais mais pesa aquilo que alguns designam por «condenação hermenêutica». O Centro Internacional de la Cultura Escolar (CEINCE), onde ocupo a maior parte dos meus afãs e tempos, adotou como símbolo o labirinto da casa de Lucrécio –o filósofo materialista do século I a. C.– em Pompeia. No intrincado dédalo desta rede, albergava-se Minotauro, fonte das ameaças que nos espreitam na vida quotidiana. O monstro perseguia pelos meandros das suas ruas o jovem Teseu, enquanto este procurava o fio tutorial de Ariadna, a educadora que o salvará do desassossego. Os professores, depois de tantas reformas educativas insatisfatórias –de gestão e tecnocráticas–, voltaram, como observou o professor António Nóvoa na sua magistral conferência de Burgo de Osma, em 2011, para o primeiro plano das práticas inovadoras, tal como Ariadna volta quando é solicitada. Os mitos são, na verdade, criações de um tempo, mas duram e sofrem sucessivas metamorfoses para se readaptarem às expetativas de cada época, e também da atual.

Em pleno desenvolvimento da civilização tecnológica que domina o nosso tempo, convém escutar as confissões de um dos seus mais reconhecidos mentores. Steve Jobs, o referente mítico da era digital, expressou antes do seu desaparecimento uma das convicções que inspiraram o seu surpreendente e confesso *ethos* de humanista: «Trocara toda a minha tecnologia –dizia– por uma tarde inteira com Sócrates». Este testemunho comportava uma profunda lição de sabedoria, a que reivindicava o valor do silêncio e da palavra –os verdadeiros poderes socráticos do professor– que hão-de intervir na busca de sentido de uma nova escrita do mundo. O nosso tempo deve também prestar atenção ao silêncio das coisas, cúmplice de outros silêncios da cultura. É outra vez Fernando Pessoa –não podia ser de outro modo estando em Lisboa– que nos pode confortar: não encontro mais descanso –dizia– que na leitura dos clássicos, que não distinguem os ocasos, mas os tornam inteligíveis.

Os historiadores da educação mergulham hoje nos silêncios, nas palavras e nas coisas, suspeitando que os discursos das ideias e das normas não explicam satisfatoriamente a gramática da tradição nem o *habitus* dos docentes. Indagamos nessa cultura da prática, de que falou Zigmunt Bauman, nas saudáveis razões da experiência, a que Pierre Bourdieu aconselhava sempre a retornar, e sobretudo em tempos de incerteza.

Estamos começando a construir uma nova cultura histórica, que procura ser menos idealista, e dentro do possível, menos ideológica. Tentamos descobrir, com o retorno realista à experiência, e até mesmo aos restos etnográficos da cultura material, as chaves semióticas e arqueológicas da gramática da escolarização e das regras da profissão docente, que muito têm que ver com o tato e a *phrónesis* transmitidas pela história efectual de que falou Hans-Georg Gadamer.

Este regresso ao mundo da *empeiría* comporta seguramente uma mudança de paradigma, como observava, numa das suas últimas cartas, aquela

que fora a minha primeira professora na disciplina, na Universidad Complutense, a professora Ángeles Galino, a quem dedico neste ato a minha filial recordação. Ela que se tinha formado, há um século, na leitura de Dilthey e dos neokantianos via, na sua centenária idade, que esta viragem pragmática e epistémica fundava um novo e prometedor horizonte para afirmar o valor da história da educação no concerto académico e nas disputas entre faculdades e disciplinas.

Senhor Reitor, caros colegas, amigas e amigos de Portugal e de Espanha. Nas minhas palavras finais quero reiterar o meu mais sentido agradecimento pela honra recebida neste ato ao ser investido doutor *honoris causa* pela prestigiada Universidade de Lisboa e por me juntar ao acreditado quadro de professores deste *Studium*. Espero que o tempo –que sempre é um mistério inescrutável e imprevisível e uma concessão da natureza, como declarava na sua propecta idade Manoel de Oliveira– nos coloque perante oportunidades de aprofundar, no saber e na amizade, os valores que a todos nos unem, agora reforçados pelos laços da mais sólida e sincera irmandade.

Muito obrigado.

\* Tradução de Filomena Bandeira